

A LA SOMBRA DEL DEMONIO DE LAPLACE

Claudio Troncoso Barría

[...] en lo psíquico no existe nada arbitrario ni indeterminado.

Sigmund Freud

En una carta de octubre de 1634, Baruch de Spinoza, refiriéndose al problema de la libertad humana, recurre al símil de una piedra que cae y sostiene a su destinatario: “[...] conciba, si lo desea, que la piedra, mientras prosigue su movimiento, piensa y sabe que ella se esfuerza, cuanto puede, por seguir moviéndose. Sin duda esa piedra [...] creerá que es totalmente libre y que la causa de perseverar en el movimiento no es sino que así lo quiere. Y ésta es esa famosa libertad humana, que todos se jactan de tener, y que tan solo consiste en que los hombres son conscientes de su apetito e ignorantes de las causas por las que son determinados.”¹ Siglos más tarde, el creador del psicoanálisis mantendrá, respecto del ser humano y su libertad, un enfoque que no se aprecia muy diferente. En este sentido, el aporte de Freud al mundo de las ideas presenta, como una de sus facetas más atractivas y desafiantes, en opinión nuestra, un denodado esfuerzo por mostrarnos cuán restringido sería el espacio de eso que llamamos libertad... y a la que muchos no quisiéramos renunciar, quizás si porque vemos en ella, precisamente, la medida de nuestra humana condición. El objetivo de esta intervención es simplemente aportar algunos elementos para una

¹ Spinoza. *Correspondencia*; Introducción, traducción, notas e índices de Atilano Domínguez; Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 339.

ulterior reflexión en torno a la suerte que en manos de Freud corre la noción de libertad.

En consecuencia, no nos interesa plantear aquí el problema del estatus científico que pueda reclamar para sí el psicoanálisis freudiano, ni las razones que, por otro lado, podrían esgrimirse en contra de esa pretensión. Dejemos a las propias comunidades de psicólogos y psiquiatras la tarea de pronunciarse sobre el particular... y, de manera muy especial, al mismo Freud. Tampoco nos detendremos, por muy atractiva que nos resulte la idea, en la crítica frontal que un célebre pensador del siglo veinte –Sartre– dirigiera en su momento a la noción freudiana de inconsciente, contraponiéndola, sobre bases ontológico-fenomenológicas, a la translucidez de una conciencia identificada con la nada y la libertad.

Para entrar en materia, quisiéramos llamar la atención acerca de la profunda huella dejada en Freud por su inicial práctica heurística en el terreno de la fisiología. Las lecciones de un declarado antivitalista, como lo fue su maestro Ernst von Brücke, sin duda que no cayeron en el vacío; el modelo reduccionista seguido por éste para explicar las diversas manifestaciones de lo viviente sobre bases exclusivamente físico-químicas, terreno por excelencia del determinismo biológico, halló su expresión en la tentativa freudiana de explicar el funcionamiento de la mente humana dentro de un marco básicamente determinista. Aclaremos, de pasada, que el término “determinismo” lo utilizamos aquí en un sentido *fuerte*, esto es, asimilable al causalismo o panaitismo de que nos habla Mario Bunge en su extenso y conocido trabajo sobre la causalidad.²

Precisado lo anterior, consignemos que, por su parte, Claude Bernard, el célebre fisiólogo francés, en los tiempos en que Freud contaba con alrededor de once años sostenía con vehemencia (1867):

² Bunge, Mario. *Causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna*; traducción de Hernán Rodríguez, Eudeba, Buenos Aires, 1961.

“No hay en realidad más que una física, una química y una mecánica generales en las que se incluyen todas las manifestaciones fenoménicas de la naturaleza, tanto de los cuerpos vivos como de los inertes. No se produce en el ser vivo un solo fenómeno cuyas leyes no rijan fuera de él.”³ Varias décadas antes, el Marqués Pierre Simon de Laplace, imbuido de la perspectiva científica brindada por el célebre aporte de Newton, planteaba como hipótesis que si existiera una inteligencia tan poderosa que conociera el estado total del universo material, así como las fuerzas actuantes en la naturaleza, “abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los cuerpos mayores del Universo y los del más leve átomo. Nada quedaría para ella indeterminado, y el futuro, como el pasado, estarían presentes a sus ojos.”⁴ Esa inteligencia es la que se conoce como “el demonio de Laplace” y el recurso a la misma supone un compromiso con el determinismo fuerte.

Pues bien, en relación con esta hipótesis diríamos que el psicoanálisis freudiano da signos de orientarse según el esquema proporcionado por el determinismo laplaciano, como si se tratase de una *idea regulativa* (en el sentido kantiano del término) al suponer, tácita o explícitamente, que el mundo –incluido el mundo humano– se encuentra estructurado *causalmente*.

Sin embargo, alguien podría objetar que después de Laplace han corrido nuevas y muy agitadas aguas bajo los puentes de la física y que ni su demonio podría predecir con total certidumbre; o, en el mejor de los casos, como advierte el físico Stephen Hawking, después de la revolución cuántica este demonio podría predecir, en esas condiciones,

³ Claude Bernard, en Pi-Sunyer, Jaime. *El pensamiento vivo de Claude Bernard*; Losada, Buenos Aires, 1965, p. 87. (Selección de textos de Bernard con comentarios del compilador).

⁴ Laplace, prefacio a su *Teoría analítica de las probabilidades*, citado por Bergson, Henri, en *La evolución creadora*; traducción de María Luisa Pérez T., Espasa-Calpe, Madrid, 1973, pp. 45-46.

... tan solo la mitad de lo que antes parecía estar a su alcance.⁵ Además –para seguir con la eventual objeción–, podría argumentarse que Freud fue testigo de los cambios fundamentales producidos en la física durante el pasado siglo. Es cierto; pero no es un dato menor el que dos de los principales pilares de la nueva física permanecieran fieles al viejo determinismo, confiando en que algún día se volvería a sus derroteros para explicar adecuadamente la naturaleza. Nos referimos a Max Planck y Albert Einstein, quienes no necesitan mayor presentación. Es así que el creador de las dos teorías de la relatividad confesaba, en una carta a Max Born, que hubiera preferido ser zapatero o trabajar en un garito, en lugar de ser físico, si se viera obligado a renunciar a la causalidad estricta.⁶ Por su parte, otro célebre físico, Wolfgang Pauli, por esa misma época declaraba, también en una carta, que ante la crisis que se vivía en la física hubiera deseado “haber sido actor de cine o algo parecido y no haber oído hablar nunca de la física.”⁷ Con esto queremos señalar que el determinismo fuerte, si es que efectivamente ha muerto, ha de haber tenido una larguísima agonía. En lo que respecta al creador de la teoría de los *quanta*, Max Planck, éste no deja lugar a dudas acerca de su fuerte convicción causalista, limitada solamente en su creencia en el yo individual.⁸

Pero no nos alejemos demasiado de Freud y reparemos, por el contrario, en las palabras iniciales de su *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895): “La finalidad de este proyecto es la de estructurar una

⁵ Cfr. Hawking, Stephen. *El universo en una cáscara de nuez*; traducción de David Jou, Crítica/Planeta, Barcelona, 2002, pp. 106, 108.

⁶ Cfr. Prigogine, Ilya. *La fin des certitudes. Temps, chaos et les lois de la nature*; Odile Jacob, Paris, 2001, p. 226.

⁷ Wolfgang Pauli, citado en Kuhn, Thomas: *La estructura de las revoluciones científicas*; traducción de Agustín Contín, F.C.E., Buenos Aires, p. 138.

⁸ Cfr. Planck, Max, “El misterio de nuestro ser”, en Heisenberg, Schrödinger, Einstein y otros. *Cuestiones cuánticas*; edición de Ken Wilber, traducción de Pedro de Casso, Kairós, Barcelona, 1998, p. 208.

psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco”⁹; es más: Freud tiene la audacia de trasladar el *principio de inercia* físico al terreno neuronal, lo que resulta muy significativo.

Pero no se trata de un simple traslado, pues toma la aludida noción como una ayuda para dar cuenta de la economía del aparato psíquico en su conjunto.¹⁰ Se tratará ahora de un “principio de inercia neuronal”, según el cual “las neuronas tienden a descargarse de cantidad (Q).”¹¹ Sin entrar en el fondo de la cuestión, lo que, por lo demás, escaparía a nuestra competencia, nos permitimos, empero, destacar esa mirada de fisiólogo dirigida a la ciencia física al apropiarse de tan célebre noción. Pero es significativa, también, la restricción introducida a la *universalidad estricta* implicada por el principio en su alcance newtoniano, en la medida en que la inercia ahora puede hallar sus limitaciones en el propio comportamiento orgánico, hasta el punto de que se dé un abandono, en el sistema neuronal, de “su primitiva tendencia a la inercia.” Freud introduce, entonces, una suerte de *finalismo*, por cuanto el propio principio de inercia recurriría a una cierta *acumulación* de energía para la realización de sus fines. Resulta pertinente destacar que Laplanche y Pontalis, los autores del conocido *Vocabulaire de la psychanalyse*, ven en el principio de inercia neuronal una intuición de la mayor importancia pues se encontraría “vinculada al descubrimiento mismo del inconsciente; lo que Freud traduce en términos de libre circulación de energía en las

⁹ Freud, Sigmund. *Proyecto de una psicología para neurólogos; Obras completas* (tres volúmenes); traducción de Luis López Ballesteros, El Ateneo, Buenos Aires, 2003, tomo I, p. 211.

¹⁰ Cfr. J. Laplanche y J.-B. Pontalis. *Vocabulaire de la psychanalyse*, bajo la dirección de Daniel Lagache; P.U.F., Paris, 1990, pp. 339-341.

¹¹ Freud, op. cit., p. 212.

neuronas no es sino la transposición de su experiencia clínica: la libre circulación del sentido que caracteriza al proceso primario.”¹² Pero aquí surge un problema: ¿cómo asociar el finalismo con la inercia, especialmente si pensamos en la connotación eminentemente física de la noción que Newton consagrara como primer axioma del movimiento? Como tendremos ocasión de mostrar, Freud, más tarde, se mostrará cauteloso frente a las cuestiones teleológicas.

Permítasenos hacer un breve paréntesis precisamente en torno a la finalidad, que, como de algún modo ha quedado dicho, no tiene cabida dentro de los paradigmas de la física moderna y contemporánea. Acotemos, al respecto, que dicha noción *sí* es incorporada en algunas orientaciones del pensamiento biológico, aunque no sin cierta incomodidad, como ocurre con Jacques Monod, uno de los ganadores del Premio Nobel de Fisiología y Medicina 1965, quien, pese a su enfoque mecanicista, introduce en su conocida obra *El azar y la necesidad* (1970) la problemática noción de “proyecto teleonómico”, esto es, la de un proyecto inscrito en la estructura genética de los seres vivos que los orientaría hacia un fin: el de “conservar y reproducir la norma estructural.”¹³ Se trataría de una noción que, como el propio científico admitía, parece abiertamente incompatible con el llamado “postulado de la objetividad de la Naturaleza”, que, por esencia, excluiría toda explicación de los procesos naturales en términos de causas finales.¹⁴ Se entenderá, entonces, que François Jacob, otro de los ganadores del Nobel en Fisiología y Medicina de aquel año (André Lwoff fue el tercero), se refiriera al finalismo como una idea bastante embarazosa para un

¹² Op. cit., p. 341.

¹³ Monod, Jacques. *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*; traducción de Francisco Ferrer Lerín, revisada por Antonio Cortés Tejedor, Monte Ávila Editores, Barcelona-Caracas, 1971, p. 30.

¹⁴ Cfr. op. cit., p. 31.

biólogo ... pero que le resulta absolutamente necesaria.¹⁵ Por su parte, los biólogos chilenos Francisco Varela –ya desaparecido- y Humberto Maturana se abstendrán explícitamente, en su concepción *mecanicista* de los sistemas vivos, de todo compromiso con el finalismo.¹⁶

Terminemos esta digresión y volvamos a Freud para consignar que el creador del psicoanálisis no deja lugar a dudas de que sigue fiel a su formación de fisiólogo, hasta el punto de que pocos meses antes de morir, en un manuscrito inconcluso de 1938, no dudará en incluir a la psicología dentro del campo de las *ciencias naturales*.¹⁷ No sin razón, entonces, Thomas Mann, en una conferencia pronunciada con ocasión de los ochenta años de Freud, se referirá al psicoanálisis, precisamente, como “esa ciencia natural del alma [...]”.¹⁸ Reparemos en esta expresión, “ciencia natural del alma”; nos parece muy adecuada, por cuanto refleja óptimamente el sustrato epistémico que el mismo médico vienés se ha encargado de señalar, según acabamos de ver. Pero esto revela, por cierto, un claro compromiso con algo que en nuestros días sigue reclamando la atención tanto de los cultores de las diversas ciencias como de quienes reflexionan acerca de las categorías propias del conocimiento científico; nos referimos al problema del estatus de cientificidad del campo de investigación o de conocimiento al que decide dirigirse el pensamiento humano. Freud, al incluir la psicología dentro de la ciencia natural no hace sino reclamar para ella la satisfacción de criterios con los que disciplinas científicas como la física, la química y la

¹⁵ Cfr. Jacob, François. *La lógica de lo viviente. Una historia de la herencia*; traducción de José Mordóh, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1973, p. 15.

¹⁶ Cfr. Maturana, H. y F. Varela. *De máquinas y seres vivos*, especialmente cap. II; Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1973.

¹⁷ Cfr. Freud. *Algunas lecciones elementales de psicoanálisis*; *Obras completas*, tomo III, p. 3420.

¹⁸ Mann, Thomas. *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*; traducción de Andrés Sánchez Pascual, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1986, p. 223.

fisiología cumplen, en su tiempo, sin discusión. O, diríamos más bien, se trata de ciencias que, por sus exitosos resultados, *generan* los criterios según los cuales se habrá de juzgar la cientificidad.¹⁹ Lo recomendable, así, parece ser imitarlas.

Incluido, entonces, el psicoanálisis en el campo de las ciencias naturales, no queda sino asumir las consecuencias de esta toma de posición; entre ellas, el compromiso con alguna forma de determinismo (porque hay más de una manera de entender el determinismo). A nosotros, reiteramos, nos parece que el determinismo que subyace al psicoanálisis freudiano se acerca bastante al causalismo. Así, al examinar “la naturaleza de lo psíquico”, Freud no trepida en defender la idea de que “Lo psíquico, sea cualquiera su naturaleza, es por sí mismo inconsciente y probablemente de una clase similar a todos los demás procesos naturales de los que tenemos algún conocimiento.”²⁰ En cuanto a dichos procesos, no carece de importancia la observación que, casi al pasar, desliza Freud cuando, pensando en la posibilidad de una nueva edición de su trabajo *Tres ensayos para la teoría sexual* (1905), sostiene que si quiere que dicha edición sea realidad tendrá que renunciar al enfoque teleológico en el examen del autoerotismo del lactante; sus

¹⁹ La influencia de estos criterios es tan grande que ha llegado a traspasar sus justos límites. Así, en nuestros días no faltan quienes miran la actividad científica exclusivamente según el prisma de las ciencias naturales. Algo similar puede percibirse cuando desde ciertas instancias académicas de poder se exige “*mayor productividad científica*” (sic) ... incluso a quienes se dedican al cultivo de áreas que poco o nada tienen que ver con el campo científico, aunque sí con las humanidades y el pensar riguroso. Y, rayana en una suerte de curiosa parafilia de connotaciones fetichistas, tenemos otra figura de esta tendencia, aquella que se encarna en la obsesiva inclinación –proyectada, a la vez, en exigencias hacia terceros– por obtener un lugar en conspicuos índices de publicaciones, cuyas llamativas siglas pueblan, cual nuevos dioses, el moderno Olimpo cientificista de nuestro tiempo, en el que ocupa un sitial privilegiado una esquiva diosa cuyo nombre nos recuerda al de Isis –la incestuosa hermana de Osiris–, quien *también* prometía la inmortalidad.

²⁰ Freud, op. cit., p. 3421.

palabras resultan elocuentes: “Renunciaré a la pretensión de indagar los *designios* de la Naturaleza y me limitaré a *describir* los hechos reales.”²¹ Y líneas más adelante, polemizando con un crítico de sus ensayos sobre la sexualidad, acota: “La aplicación de la teleología como hipótesis heurística está expuesta a reservas [...]”²² Para dar fuerza a su tesis vuelve sobre lo medular de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) tomando un caso en especial a modo de ejemplo: el célebre y muy citado lapsus de aquel presidente del parlamento austríaco que, en lugar de abrir la sesión, la declara, solemnemente,... *cerrada*.²³ Esto nos da pie para ver en la *Psicopatología* una obra a la que Freud no le vuelve la espalda; todo lo contrario. Como cualquier lector de la misma puede constatar, se trata de un trabajo que abunda en consideraciones acerca del carácter engañoso de la “casualidad”, lo que viene a significar, en consecuencia, el reconocimiento de su contraparte, la *causalidad*. Freud se encontraba plenamente convencido del carácter universal de esta última. Al menos, la práctica científica le parecía inconcebible o, en todo caso, sin un sentido pleno si careciera de un orden que le sirviese de fundamento. Sobre esta base, Freud rechazaba tanto el *milagro* como la idea de un acto sin causa, con lo cual se situaba en una posición divergente de la de uno de los más connotados analistas de la causalidad; nos referimos al filósofo escocés del siglo XVIII David Hume, para quien es perfectamente concebible –y, por ende, posible– un evento incausado, esto es, la emergencia de un hecho totalmente nuevo sin que debamos suponer una causa para ese comienzo de existencia.²⁴

²¹ Freud. “Contribuciones al simposio sobre la masturbación”; *Obras completas*, tomo II, p. 1704 (nosotros subrayamos).

²² Ib.

²³ Cfr. Freud. *Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis*; *Obras completas*, tomo III, p. 3421. En cuanto a *Psicopatología de la vida cotidiana*, en adelante, en texto y notas, nos referiremos a ella como “*Psicopatología*”.

²⁴ Cfr. Hume, David. *Tratado de la naturaleza humana*, libro primero, sección tercera.

Pero Freud no es Hume; detrás del lapsus más desconcertante, más “gratuito”, ha de haber algún *motivo* que opere como *causa* del mismo, por muy insignificante que pueda parecer. En un breve escrito de 1936 esto queda categóricamente expresado: “...cuán complicados pueden ser los procesos psíquicos más insignificantes y simples en apariencia [...] cuántas condiciones previas, cuantos determinantes dinámicos.”²⁵

Ahora bien, ocurre que en general *creemos* en el libre albedrío, lo que no parece compatibilizarse con una convicción determinista en su sentido fuerte, según se deja translucir en el enfoque freudiano. Sobre el particular, el médico vienés pensaba que la creencia en la libertad resultaba inversamente proporcional al grado de importancia de la decisión a tomar. Así, puestos a elegir o rechazar un cierto curso de acción cuyas consecuencias pueden ser muy graves pareciera que algo nos empujara en favor de una de las alternativas, sintiéndonos menos libres, como si una naturaleza interior nos moviera en una dirección determinada. Por el contrario, si se trata de algo tan banal como elegir arbitrariamente un número, no reconocemos ninguna causa para haber elegido ese número y no otro. *Creemos* que se trata de un acto completamente inmotivado. Pero, según Freud, si se somete nuestra elección a un trabajo psicoanalítico, hallaríamos que ella obedece a motivos inconscientes).²⁶ Por consiguiente, elegimos *siempre* de acuerdo con algún motivo (consciente o inconsciente), con lo cual el determinismo se muestra rigiendo incluso allí donde nos sentíamos más libres; ²⁷ el autor de la *Psicopatología* llegó a estimar como una tesis fundamental del

²⁵ Freud. “La sutileza de un acto fallido”; *Obras completas*, tomo III, p. 3326.

²⁶ Cfr. Jones, Ernest. *Vida y obra de Freud* (tres volúmenes); traducción de Mario Carlinsky, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1976, vol. I, p. 377.

²⁷ “Creo en accidentes casuales exteriores (reales), pero no en una casualidad interior (psíquica)”, sostiene Freud (*Psicopatología; Obras completas*, tomo I, p. 289).

psicoanálisis “el determinismo de los fenómenos mentales, aun del que parezca más oscuro y arbitrario.”²⁸ Su postura, como expresamente señala, se muestra diametralmente opuesta a la perspectiva del supersticioso, quien proyecta al exterior una motivación interior ignorando por completo los verdaderos motivos de sus actos. Freud admite, sin embargo, que tanto el psicoanalista como el supersticioso tienen algo en común: “el impulso a no dejar pasar lo casual como tal, sino a *interpretarlo*.”²⁹

Pero lo anterior no obliga, de ninguna manera, a rechazar el *sentimiento* que tenemos de realizar actos libres. Al respecto, el fundador del psicoanálisis sostiene: “Si tenemos en cuenta la distinción entre las motivaciones conscientes y las motivaciones inconscientes, nuestro sentimiento de libertad nos enseña que la motivación consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motrices. (...) Pero lo que queda no motivado por un lado recibe sus motivos de otra fuente, del inconsciente, y de ello resulta que *el determinismo psíquico se presenta sin solución de continuidad*.”³⁰

Nuevamente sale a nuestro encuentro Spinoza, pues tanto en él como en Freud la *ignorancia* cumple un papel fundamental (recuérdese el símil de la piedra).³¹ Reiterando: ignorancia y sentimiento de libertad

²⁸ Freud, en Jones, op. cit., pp. 377-78.

²⁹ Freud. *Psicopatología, Obras completas*, tomo I, p. 918.

³⁰ *Psicopatología*, citado en Mannoni, Octave. *Freud*; Seuil, Paris 1986, p. 97. Subrayado nuestro.

³¹ Reforzando la idea: “[...] los hombres se equivocan al creerse libres, opinión que obedece al solo hecho de que son conscientes de sus acciones e ignorantes de las causas que las determinan.” Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, segunda parte, escolio de la proposición XXV; Ediciones Orbis, Introducción, traducción y notas de Vidal Peña, Barcelona, 1984, p. 140. Por su parte, nuestro autor, Freud, en la segunda de las conferencias de los cursos sobre psicoanálisis que dictara en 1915-16 y 1916-17, advierte desafiante a su auditorio: “Poseéis la *ilusión* de la existencia de una libertad psíquica y no queréis renunciar a ella. Por mi parte siento mucho ser [...] totalmente contrario a

parecen encontrarse indisolublemente asociados, tesis que también puede detectarse en Lévi-Strauss quien no trepida en sostener que si se establece que hay leyes en el pensamiento mítico del mismo tipo que aquellas por las que se rige el lenguaje, "habremos demostrado que hasta aquello que aparentemente constituye el elemento más arbitrario del pensamiento humano, está, en realidad, rigurosamente determinado."³² Es más, el pensador estructuralista declarará sin ambages que "[su] 'objetivo' continúa siendo el mismo: demostrar que hasta en sus manifestaciones más libres, el espíritu humano está sometido a constricciones rigurosamente determinantes."³³ Pero este punto de coincidencia entre Freud y Lévi-Strauss no se reduce a una cuestión puramente negativa (la libertad sería más bien una no-libertad) sino que nos ofrece otra cara, esta vez positiva, y que dice relación con lo que Lévi-Strauss llama "eficacia simbólica", expresión que le sirve al antropólogo para titular un importante artículo en el que establece una explícita comparación entre psicoanálisis y shamanismo. La comparación —que el autor se apresura en aclarar que no encierra ninguna intención peyorativa para con el psicoanálisis³⁴— gira en torno a la noción de abreacción, esto es, a aquella descarga emocional que permite al sujeto liberarse de un cierto afecto vinculado con algún recuerdo traumático.³⁵ Mientras para lograr este efecto el shamán *habla*, el analista... *escucha*.³⁶ Pero en ambos casos el proceso de cura, lejos de desvincularse del

vuestras opiniones"; S. Freud. *Lecciones introductorias al psicoanálisis; Obras completas*, tomo II, p. 2147.

³² C. Lévi-Strauss, en Ricoeur, Paci, Vestraeten y otros. *Claude Lévi-Strauss. Problemas del estructuralismo*; varios traductores, Editorial Universitaria de Córdoba, Córdoba, 1967, p. 201.

³³ Op. cit., p. 202.

³⁴ Cfr. Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*; traducción de Eliseo Verón, Eudeba, Buenos Aires, 1972, p. 179.

³⁵ Cfr. Laplanche y Pontalis. *Vocabulaire*, p. 1.

³⁶ Cfr. C. Lévi-Strauss, op. cit., p. 180.

compromiso orgánico concomitante, parece suponerlo; a fin de cuentas, hay un organismo en juego.

En relación con lo físico-orgánico, Freud consideraba, en *Más allá del principio del placer* (1920) –hablando de la confrontación entre los instintos de vida y de muerte–, que el precio por emplear el lenguaje propiamente psicológico significaba cierta carga defectuosa en la descripción correspondiente, debilidad que eventualmente podría subsanarse “si en lugar de los términos psicológicos pudiéramos emplear los fisiológicos o los químicos.”³⁷ En este sentido, la postura de Freud es claramente opuesta a la de su amigo Breuer, para quien no había posibilidad de salir del lenguaje estrictamente psicológico.³⁸ Pero hay todavía más.

En su *Compendio del psicoanálisis*, trabajo inconcluso redactado cuando a Freud le resta poco más de un año de vida, el médico austríaco recurre explícitamente a una comparación con la física; la psicología surgida de la concepción psicoanalítica del aparato psíquico ha quedado sustentada, según él, “sobre una base semejante a la de cualquier otra ciencia natural, como por ejemplo, la física”;³⁹ pero tanto la física como la psicología tendrían una importante limitación, que Freud expresa en términos que nos recuerdan a Kant, pues, según el psicoanalista, ni la una ni la otra tienen acceso al estado “real” de las cosas. Mas –y esto ya no es tan kantiano–, ambas ciencias se las ingeniarían para obtener, indirectamente, informaciones acerca de lo que se supone existe *con independencia* de nuestras percepciones. En lo que al psicoanálisis respecta, Freud consigna: “Hemos hallado recursos técnicos que permiten colmar las lagunas de nuestros fenómenos conscientes, y los utilizamos tal como los físicos emplean el experimento. Por ese camino

³⁷ Freud. *Más allá del principio del placer*; *Obras completas*, tomo III, p. 2539.

³⁸ Cfr. Freud. *Proyecto de una psicología para neurólogos*; *Obras completas*, tomo I, p. 212, n. 79.

³⁹ Freud. *Compendio del psicoanálisis*; *Obras completas*, tomo III, p. 3411.

elucidamos una serie de procesos que, en sí mismos, son 'incognoscibles' [...]."⁴⁰ Son esos procesos los que reclamaron la atención del psicoanálisis. Teniendo como referente el breve pero importante escrito freudiano *Una dificultad del psicoanálisis* (1917), consignemos que es en aquella región ignota e inaccesible donde hunde sus raíces la afrenta psicológica sufrida por el narcisismo de la humanidad, afrenta que el propio Freud se encargó de infligir y sostener porfiadamente, sumándola a las ofensas cosmológica y biológica.

Pero el médico vienés no se limitó a humillar el amor propio de la especie humana; también quiso hacer que ésta fuese menos infeliz; y, como es ampliamente sabido, en este afán elaboró nuevas y revolucionarias herramientas para reducir la inconmensurable ignorancia que tenemos respecto de nosotros mismos. Aunque todo ello con un costo nada despreciable para una conciencia reflexiva: la permanente e inquietante sospecha del carácter ilusorio de nuestra libertad.

⁴⁰ Freud, op. cit., p. 3412.